

mar al general Rüchel que aún estaba en Weimar, marchando en seguida adelante para recobrar una posición de la que comenzaba á comprender toda su importancia.

A las diez de la mañana la interrumpida batalla principió de nuevo; esta vez era Ney quien se batía: llevado de su impaciencia, iba á colocarse con solo tres mil hombres en el centro mismo de la línea enemiga. Asaltado por masas de caballería, el mariscal había formado sus batallones en cuadro, y

en esta peligrosa posición se mantenía hacía ya una hora, cuando Lannes corrió para sacarle de ella. En este momento, Augereau, atacaba á los prusianos por Iserstedt, después de haber dado la vuelta á la Schneche, posición que creía inabordable, y Soutl en la derecha rompía un fuego vivísimo con su infantería atrincherada en un pequeño bosque situado detrás del pueblo de Clorewitz. Cuando Napoleon vió á sus dos alas ganar terreno á las tropas prusianas, hizo avanzar simultáneamente la guardia y to-



DALBERG.

das las reservas. La súbita irrupción de una masa tan formidable rompió en un instante el centro de Hohenlohe; la línea enemiga cedió, y en el momento mismo en que se plegaba, Murat aprovechó la ocasión y cargó con toda su caballería. «En un abrir y cerrar de ojos, dijo Napoleon, se trocó la retirada de los prusianos en plena derrota. Los fugitivos, perseguidos á sablazos, se precipitaron en dirección á Weimar. Era este el momento mismo en que el general Rüchel llegaba al campo de batalla con sus veinte mil hombres rendidos de fatiga por una marcha forzada. Colocóse intrépidamente de través del camino, pero no tardó en ser arrollado por el choque irresistible de un ejército victorioso; y el torrente detenido un instante se precipitó de nuevo sobre Weimar, en donde llegó la caballería

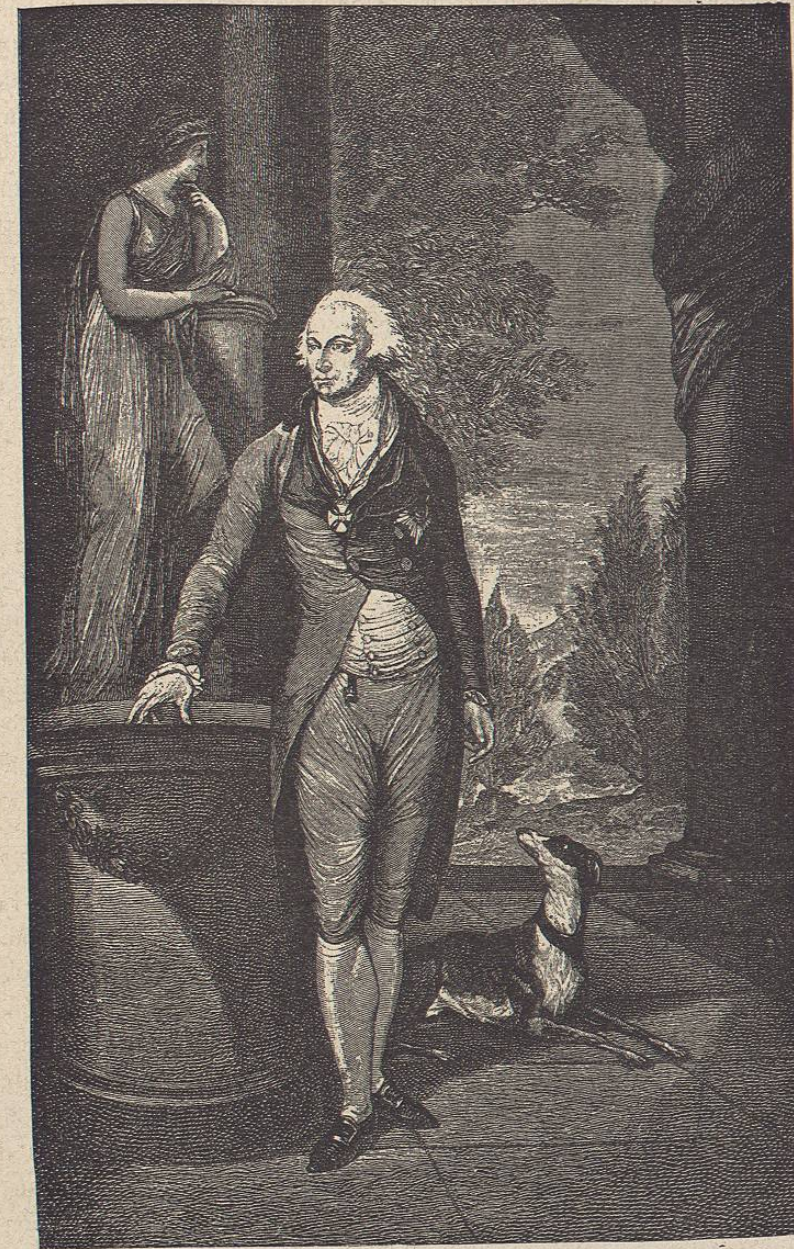
francesa mezclada con los fugitivos haciendo los prisioneros á millares.

Mientras Napoleon conseguía sobre Hohenlohe esta fácil victoria, Davout luchaba solo á cinco á seis leguas de allí contra la mayor parte del ejército prusiano, mandado por el rey en persona y por el duque de Brunswick. Ese mariscal había aprovechado la noche en ocupar el desfiladero de Koesen que los prusianos debían atravesar para dirigirse á Neumburg. La mañana del 14 previendo que iba á tener que habérselas con un enemigo superior en número, sin conocer todavía toda la extensión del peligro, se había esforzado en vano en retener á Bernadotte, á quien órdenes positivas, aunque susceptibles de varias interpretaciones, prescribían ocupar á Dornburg, Bernadotte que, por otra parte, igno-

raba el verdadero estado de cosas, se atuvo á la letra de sus instrucciones, y dígase lo que se quiera para censurar su determinación, lo cierto es que en esto obró conforme al espíritu que Napoleon había desarrollado en el ejército. Cuando su general de-

muestra tantas veces creerse infalible; él solo es responsable de los sucesos, y viene fuera de razón cuando se queja de las faltas que se han cometido en ejecución de sus órdenes.

El 14 de Octubre, por la mañana, á la hora mis-



HARDENBERG.

ma en que la batalla se trababa en Jena, el general Schmettan, que Brunswick enviaba bien tardíamente de vanguardia para tomar posesión del desfiladero de Koesen, fué á topar en medio de la niebla, contra la división Gudin que guardaban su entrada en frente de Hassenhausen, Blücher mandaba la caballería de Schmettan. Cargó con impetuosidad á la

de Gudin y la hizo ceder, pero en vano se esforzó en quebrantar su infantería, formada en cuadro que barrían con sus baterías la calzada. Cuando los cuerpos del príncipe de Orange y de Wartensleben, hubieron desembocado de Auerstaedt para sostener Schmettan, la división Gudin se encontró en un instante asaltada por fuerzas triples y desbor-

dada de todos lados. Pero protegida por la habilidad de sus disposiciones, favorecida por una niebla espesa que introducía mucha confusión en las maniobras, defendió heroicamente el puesto que se le había confiado y dió á las otras divisiones de Davout tiempo para que acudieran en su socorro.

Fué la primera en presentarse la división Friant, la cual por un movimiento vigoroso restableció la derecha de Gudin rechazando sobre Eckartsberge la caballería que amenazaba romper las diezmas filas de la infantería. La izquierda continuaba en peligro.

Alarmado el duque de Brunswick, con la inesperada resistencia que encontraba, y desesperado por la falta que había cometido dejando que el enemigo se le hubiese adelantado en Koesen, resolvió abrirse paso á toda costa. Reunió sus dos divisiones de Orange y Wartensleben, las exhortó, se puso á su frente, y él mismo las condujo al fuego. Los franceses le recibieron con una granizada de balas y de metralla. Las tropas sostuvieron bravamente esta prueba, pero no tenían el empuje necesario para ganar las posiciones. Mientras procuraba arrastrarlas, cae el viejo mariscal mortalmente herido; cerca de él cae después Schmettan, y al cabo de un instante, el mismo Moellendorff con sus más bravos oficiales caen heridos de muerte. Sin embargo, la división Gudin rendido de fatiga iba á sucumbir, cuando desemboca á su vez la división Morand que renueva el combate con tropas frescas. El príncipe Guillermo con su caballería, el rey en persona con la división Wartensleben la abordan y la cargan á su vez sin lograr quebrantarla, el primero es herido, el segundo le matan dos caballos. Los cuadros franceses permanecen inmóviles delante de aquella avalancha de caballería. Los prusianos recibidos con un fuego mortal son al fin rechazados en desorden llenando la tierra con sus cadáveres. Entonces, aprovechándose de la indecisión y del espanto que esas repetidas desgracias han difundido en el campo enemigo, Davout, por medio de un rápido movimiento lleva sus divisiones adelante, se apodera de las alturas de Eckartsberge y las corona de artillería.

Este momento era por demás crítico para el ejército prusiano: era, en efecto, la hora precisa en que se acababa la espantosa derrota de Jena, y era más importante que nunca apoderarse de los pasos de Koesen y de Neumburg. Bien que hasta este momento hubiese fracasado en sus tentativas, un ataque en masa dirigido con todas sus fuerzas reunidas hubiese probablemente obtenido la ventaja, pues

sus esfuerzos habían sido muy desconocidos y dos de sus divisiones no habían aún combatido. Pero el rey que no podía presumir el desastre de Hohenlohe, había experimentado crueles pérdidas, y había visto caer sus primeros generales y sus mejores oficiales. Resolvió, pues, juntarse con el cuerpo de Hohenlohe, salvo rehacer el mismo camino y forzar el paso con todo el ejército prusiano.

Dió en consecuencia la señal de la retirada y dirigió sus columnas sobre Weimar. Davout que por su parte había perdido cerca de un cuarto de su efectivo y cuyas tropas se morían de cansancio, no se encontraba en situación de poder inquietar la marcha del ejército real. Pudo, pues, llegar en bastante buen orden; la altura de Apolda, á medio camino entre Auerstaedt y Weimar. Pero al llegar á este punto, encontró formado en batalla el cuerpo de ejército de Bernadotte que había corrido de Dornburg, viéndose casi al mismo tiempo sumergido por la oleada de los fugitivos de Hohenlohe. Estos se arrojaron sobre ella perdidos de terror; y estrechados de cerca por la caballería francesa que les perseguía en todas direcciones. Obligado á cambiar su movimiento de retirada en medio de una tan grande confusión, que la oscuridad todavía aumentaba, el ejército prusiano se arrojó en desorden del lado de Sommerder. Muy pronto el pánico se apoderó de esas divisiones que se dispersaron por todos los caminos de Erfrost á Weissensee.

No podemos seguir ahora á Lanfrey obligados como estamos á ceñirnos al cuadro de nuestro trabajo, al pié de la letra, pero todavía será Lanfrey quien nos guiará en la apreciación y resultados de la batalla de Jena.

Esta fué desastrosa de todo punto para la monarquía prusiana, y jamás potencia alguna quedó más desarmada que ella. Los restos de su ejército por las condiciones topográficas de su suelo no pudieron encontrar un punto de reunión ó de concentración, y aún cuando lo hubiesen encontrado, la inmensa superioridad numérica, táctica y estratégica del ejército francés hubiera acudido allí á disolverlo. Su suelo y el carácter de sus habitantes se presta poco para una lucha nacional, es decir, para una lucha en que la nación armada ocupe el lugar del ejército. Además, cualquiera que fuera el espíritu de irritación que en Prusia existiera contra los franceses, los prusianos no estaban dispuestos á sacrificarlo todo á su independencia nacional: estaba su pueblo todavía demasiado supeditado al rey y á la



ENTRADA DE NAPOLEÓN I EN BERLÍN. (Dibujo de Jugel.)